



## CONSIDERACIONES SOBRE LA ALFARERÍA NAVARRA PROTOHISTÓRICA

Amparo CASTIELLA RODRÍGUEZ\*

RESUMEN: Por un lado la falta de una tipología cerámica para el período del Bronce Final, y por otro la presencia de perfiles cerámicos más o menos completos, procedentes de los estratos inferiores de tres poblados de la Edad del Hierro, nos lleva a "considerar" sobre la necesidad de iniciar su estudio para determinar su carectización y adscripción cultural.

SUMMARY: Due to both a lack of ceramic typology for the end of the Bronze Age on the one hand and to the presence of a more or less complete characteristic ceramic, taken from the lower strata of three Iron Age sites, we are led to "consider" the need for a study to specify their cultural characterization and identity.

### INTRODUCCIÓN

De todos es sabido que el arte de modelar recipientes se inicia y desarrolla en el Neolítico. En el territorio navarro pueden encontrarse algunos ejemplos de ello (Barandiarán-Vallespí, 1984).

En el proceso artesanal de la cerámica, es factor importante la adquisición de la materia prima. Esta fase preliminar no planteaba dificultad mayor ya que la arcilla era fácil de localizar, como también lo era su manejo. Ambos hechos inciden en una difusión rápida de las técnicas alfareras y generan una producción abundante que viene a satisfacer las numerosas necesidades cotidianas. Se requieren por un lado recipientes para el almacenaje, transporte y cocción de alimentos y por otro piezas elaboradas con mayor cuidado para menesteres especiales.

Con el paso del tiempo, la destreza de los artesanos y el avance en sus conocimientos técnicos, queda patente tanto en una mejor selección y aleación de la arcilla, como en la fase de cocción, la verdaderamente difícil. Consiguen así, paulatinamente, modelar galbos cada vez más complicados.

Otra característica de la producción alfarera es la capacidad de imprimir, según la habilidad y gusto del artesano, su sello original. Por algo dicha acción debe ser considerada como un arte. Será precisamente esta habilidad artística, la que marque las diferencias de unas producciones a otras, aunque dichas pro-

---

\* Departamento de Historia: Arqueología. Universidad de Navarra

ducciones repitan modelos establecidos. El arqueólogo, teniendo presente este hecho, intentará establecer el contenido de estas diferencias que serán las que puedan indicarnos los centros de producción y a partir de ahí, su área de difusión.

Para alcanzar este objetivo necesitamos tener un profundo conocimiento de cada producción alfarera. En ella incidirá desde la materia prima utilizada, a las aleaciones realizadas, modelado propiamente dicho, tratamiento de superficies y técnicas decorativas aplicadas.

Recientes trabajos de investigación tratan de establecer a través de la diferenciación de los componentes petrográficos de las pastas, los lugares de abastecimiento de las arcillas y determinar las mezclas posteriores que se efectuaron (Ortega et alii. e.p.). Este nuevo campo de investigación nos ofrece un esperanzador futuro ya que sus resultados permitirán avalar los supuestos antes propuestos y seguir avanzando en esta parcela, que parecía estancada, puesto que pocos datos más podíamos obtener de la cerámica, conocida ya su tipo-cronología.

Estamos dando por supuesto que para identificar el aspecto formal de un recipiente, necesitamos conocer el repertorio formal o tipología a la que pueda ser asimilado. Para la I Edad del Hierro contamos con la lista tipología elaborada en 1977 (Castiella, 1977). Falta por hacer la correspondiente a la Edad del Bronce que en su período Final se encuentra vinculada a la Edad del Hierro.

Pensamos que las distintas fases diferenciadas en la Edad del Bronce navarra, con los matices cronológicos que según zonas conlleva, unido a un escaso y fragmentado número de piezas cerámicas, han frenado la realización de este trabajo que requiere disponer de datos suficientes para su carectización.

No obstante disponemos, en fechas recientes, de la tipología realizada por Jesús Sesma (Sesma y García, 1994), que partiendo de la prospección exhaustiva del territorio bardenero, pudo localizar 42 lugares del Bronce Medio y 24 del período Bronce Final-Hierro I. Realizó así mismo, varias campañas de excavación en el asentamiento de Monte Aguilar obteniendo, de todo ello, un rico ajuar cerámico que le permitió determinar perfectamente los rasgos de la producción cerámica en el período del Bronce Medio en la zona referida. Incluye esta tabla 17 formas de la variedad pulida, la más representativa del momento; 7 formas en la de sin pulir y 4 formas en la modalidad que agrupa como "cerámica de barro plástico". No pudo hacer lo mismo con el material del Bronce-Final ya que en este momento se produce una reducción importante en el número de los asentamientos, que como decíamos pasa de 42 a 24 y los vestigios cerámicos recuperados en superficie no son suficientes para perfilar las características de dicha producción. Se engloban los restos en un genérico Bronce Final-Hierro I y los perfiles identificados son equiparados a la tipología de Castiella.

Por todas estas razones, nuestra intención en las páginas siguientes, es analizar una serie de galbos que se recuperan en los estratos inferiores de tres yacimientos de la Edad del Hierro, con el fin de señalar las pautas que nos permitan establecer su clara adscripción cultural. Recordemos en este punto que en la mayoría de los poblados navarros excavados hasta el momento, y aludimos a los realizados a partir de los años 50, pertenecientes a la Edad del

Hierro, se ha destacado la posibilidad de atribuir su ocupación inicial al Bronce Final. Así lo señalan repetidamente los que han trabajado sobre el tema, Maluquer de Motes, al estudiar los datos procedentes de El Alto de la Cruz (Maluquer de Motes, 1954: 182 y 1958:136, Gracia,E., 1994, y Gracia,E., Gracia,F. y Munilla, 1994) y Castiella respecto a los enclaves de Sansol (Castiella, 1988:152; 1991/92:261) y de El Castillar (Castiella, 1985:127).

No se hace referencia a este supuesto en la escueta nota sobre la actuación realizada en El Castejón (Bargota), (Castiella,1993/94:291) pero podemos adelantar que bien podía considerarse en este mismo sentido como se desprende de los materiales que a continuación estudiamos.

En las breves anotaciones, que tras dos campañas de actuación en Las Eretas de Berbinzana, recoge su excavador (Armendáriz,1993/94), se interpreta la estratigrafía señalando una secuencia ocupacional durante la I-II Edad del Hierro y romano. Se aportan, así mismo, datos relativos al material cerámico recuperado. Destacan entre ellos la presencia de fragmentos con decoración excisa, pintada y de engobe rojo. No faltan los típicos recipientes de vasos de cuello recto para almacenaje y las escudillas, que le permiten establecer a Armendáriz un claro paralelo con el PII de Cortes. La datación de C14 obtenida sobre una muestra tomada de un hogar, da la fecha del 525 +/-25 a.C, plena I Edad del Hierro.

Las recientes dataciones de C14 procedentes de El Alto de la Cruz (Gracia, E. 1994), arrojan unas fechas que abarcan desde el 993-830 a.C. para el inicio en el Alto de la Cruz = A.C.10, equivalente al P III a de Maluquer, que le atribuiría una datación del 850-770 a.C. El poblado A.C. 9 y 8 con una datación C14, del 865-800 a.C. para el nivel XXVIII y del 814-760 a.C. para el nivel XXVII, se corresponden con el P III b de Maluquer datado entre el 770-700 a.C. Siguiendo la secuencia, el poblado II en su fase a, según Maluquer, estaría entre el 700-650 a.C. y coincide con el nivel XXIV en la fase constructiva A.C. 6 fechado entre el 818-760. Sobre ellos el poblado II b con fecha relativa del 650-550 a.C. se equipara al nivel XX de la fase A.C.5 con una cronología del 606-516 a.C. y del 648-543 a. C. Según estas dataciones quedan fuera los niveles iniciales de ocupación, ya que las dataciones del C14 comienzan por el A.C. 10 y el nivel inferior es el A.C. 14. Son precisamente estas etapas iniciales de ocupación las que más nos interesan en el presente estudio. Desgraciadamente el material cerámico correspondiente a estos niveles, no ha sido aún objeto del análisis profundo que requiere. Está en fase de estudio el procedente de Las Eretas mientras que el del Alto de la Cruz, en la última monografía, redactada después del fallecimiento del Prof. Maluquer (Maluquer, Gracia y Munilla, 1990), se estudia el material, procedente de las campañas 1986-89 (aunque luego la tipología establecida incluye piezas de campañas anteriores). En su descripción no hay referencia al tipo de tratamiento que tienen los recipientes en la superficie exterior, dificultando con ello su comparación. No acaban de definir con claridad la personalidad formal de los recipientes recuperados en el P. III, a y b y su evolución respecto al P. II. Algo más precisos son en el apartado de las decoraciones en el que se resalta el hecho de cómo en el P. III b hay una notable frecuencia de acanalados, mayoritarios en la Forma 4 y 10 pero el mayor número de recipientes decorados proceden del P. II a los que se añaden los

motivos incisos y excisos. El ajuar cerámico de P. II b se caracteriza por la reducción de la decoración acanalada pero continúa la incisión sobre el fondo de las escudillas y se documenta algún fragmento con decoración pintada.

De las campañas 1989-90 no hay referencia al material cerámico ya que las publicaciones se centran fundamentalmente en análisis arquitectónicos (Gracia, Munilla y García, 1991, 1993 y 1994).

La comparación entre la datación relativa establecida por Maluquer y la recientemente obtenida por el C14, recogida por E. García, nos ofrece un desfase inicial de 143 años. El P III a es fechado por Maluquer entre el 850-770 a.C. y su equivalente por el C14, poblado A.C. 10 entre el 933-830 a.C. A lo largo de la secuencia sorprende la idéntica datación para el nivel XXVII y XXV y el vacío, de casi cien años entre el nivel XXIV y XX, pero luego las diferencias se acortan y vemos que una de las fechas procedentes del nivel XXIV del A.C. 6, es de 648-543 a.C. y su correspondiente en el PII a, es de 650-550 a.C. En este momento es coincidente con la datación de Las Eretas 525 a.C.

Por tanto, si hicieramos caso, y debe tenerse en cuenta, a las recientes fechas de C14, según la de Las Eretas, 525 a.C tendríamos una base -aún poco sólida- para considerar el material en estudio como una perduración de las características cerámicas del Bronce Final en la I Edad del Hierro. Mientras que las proporcionadas por El Alto de la Cruz, anteriores al 993-830 a.C., están más próximas a la cronología del Bronce Final. De momento, tenemos que esperar a la publicación definitiva donde se expongan detalladamente, las características de los ajuares cerámicos recuperados, para poder utilizar estos datos cronológicos.

Al carecer años atrás de fechas absolutas, lo que indujo a considerar, que el inicio del asentamiento fuera en el Bronce Final, no era otro argumento que el derivado del análisis del ajuar cerámico. Se desconocían también los aspectos urbanísticos o de viviendas que permitieran marcar las posibles diferencias entre ambos períodos pues, no se habían excavado aún ningún estrato del Bronce Final asociado a estructuras constructivas.

Los recipientes a considerar proceden de las excavaciones realizadas en los poblados del Castillar de Mendavia (Castiella, 1979,1985). Sansol en Muru-Astrain (Castiella, 1988, 1990, 1991-92) y el Castejón de Bargota (Castiella,1993-94). Al recuperarse estos conjuntos en secuencia estatigráfica nos permite hacer estimaciones crono-culturales de valor relativo.

Estos recipientes fragmentados, presentan unas características formales, que no así técnicas, diferentes a los de la I Edad del Hierro, ya destacadas en las respectivas memorias. Por esto no pudieron ser asimilados a la correspondiente tabla tipológica. Se consideraron por tanto, al hacer la valoración, como material de época anterior a la I Edad del Hierro, y fueron clasificados en el período genérico del Bronce Final-Hierro I. En la actualidad, analizando individualmente este conjunto de piezas por un lado y la tipología del Bronce Medio, elaborada con materiales del territorio bardenero, además de la ya conocida de la I Edad del Hierro, creemos que se dispone de base suficiente para tratar de perfilar la identidad del material cerámico del período correspondiente al Bronce Final aunque, de momento, se nos presenta tremendamente asociado a la I Edad del Hierro, y sin una base cronológica segura.

Acometemos este intento de individualización de perfiles que pueden ser asimilables unos a la Edad del Bronce Final y otros a la I Edad del Hierro, en un momento en el que el estudio de los materiales cerámicos está quizás un tanto desprestigiado. Pero consideramos que su análisis, al margen de la adscripción a un período u otro, puede ampliar el conocimiento que hasta hoy teníamos de esta producción cerámica, en el marco crono-geográfico propuesto y este mejor conocimiento, repercutirá positivamente en la reconstrucción de nuestro pasado. Además nuestros planteamientos pueden acelerar el estudio del material cerámico correspondiente a los niveles inferiores de El Alto de la Cruz y Las Eretas, y propiciar de este modo la elaboración de la pretendida tabla tipológica del período del Bronce Final y ampliar la de la I Edad del Hierro.

Siempre hemos sostenido que el tratamiento dado a la superficie exterior de un recipiente, constituye un elemento diferenciador importante, por ello, en la producción cerámica que ahora estudiamos, Bronce Final - I Edad del Hierro, mantenemos esta primera diferenciación: recipientes con la superficie exterior pulida y sin pulir.

#### VARIEDAD PULIDA

La ejecución del pulido es una fase laboriosa, fué realizada con diversos útiles, desde un simple palo protegido con cuero a la ayuda de espátulas. En el yacimiento de El Castejón hemos encontrado varios fragmentos de estas piezas. Su realización implica no sólo diferencias en el uso que va a tener el recipiente sobre el que se aplica el pulido, sino que indica, por decirlo de alguna manera, otra categoría.

Los recipientes de superficies pulidas cabe considerarlos como la vajilla fina, destinada a funciones de mesa, de adorno e incluso rituales. Normalmente son de tamaño mediano-pequeño y reciben un tipo de decoración concreta que deja de manifiesto el cuidado y esmero que se pone en su realización. Con toda probabilidad su costosa ejecución es la causa de su reducida presencia en todos los yacimientos, de este período, estudiados hasta el momento en Navarra.

Los galbos que ahora analizamos, tienen en común: el haberse recuperado en los estratos inferiores de los citados poblados de la Edad del Hierro, considerados por su presencia y la de otros elementos cerámicos estudiados en su día -decoración excisa o pintada, superficie con engobe rojo etc.- como correspondientes al Bronce Final. Son además ejemplares incompletos y salvo el número 1 de la figura 2, únicos. Por todo ello y otros rasgos, ya destacados en su día, fueron calificados como un conjunto con aspectos de arcaísmo ya que no parecían ser característicos de este período cultural - Hierro I - en el que se ven inmersos, sino que resultaban "chocantes" en el mismo.

Reflexionando ahora sobre todo ello, insistimos en que podemos entenderlos bien como una perduración de una tradición anterior - Bronce Final-, que se evidencia, sobre todo, en los casos que ahora analizamos, en el trazado de su galbo, o considerar su presencia como claro testimonio de la producción alfarera propia del Bronce Final.

Hemos hecho referencia a la singularidad de los galbos que vamos a analizar, pero con ello no queremos decir que sean piezas exclusivas de los yacimientos que ahora estudiamos. Somos conscientes que la producción alfarera de esta época en el solar navarro no fue innovadora, se limitó a reproducir modelos existentes y los galbos que ahora analizamos, se encuentran en culturas más antiguas en las que fueron recipientes más o menos mayoritarios y característicos. Tampoco sabemos, por el momento, si su presencia en Navarra se debe a artesanos locales o si su singularidad se explica por ser productos del comercio.

Llegados a este punto resulta necesario recordar algunos ejemplos aunque sean de modo "aleatorio", de recipientes similares a los nuestros cuyo aspecto recogemos en las figuras 1 y 2, para justificar los planteamientos expuestos.

Así el galbo número 4 de la figura 1, recuperado en Sansol, encajaría entre el ajuar sepulcral de alguno de los enterramientos de la necrópolis del Argar B excavada en Fuente Álamo (Schubart, 1986). También en la Edad del Bronce Final III en la localidad de la Fonollera, se documenta un perfil similar al recuperado en Sansol, reproducido con el nº 2 de la figura 1. (Pons, E. 1984, 57). Los galbos 1, 3 y 5 de la misma figura, nos ofrecen una cierta similitud. Proceden de los tres yacimientos citados: de El Castillar, el número 1; de El Castejón, el número 3 y de Sansol, el número 5. Es uno de los perfiles más generalizados en la cerámica manufacturada de la Edad del Bronce con variantes más o menos marcadas en cada producción, por tanto, no es de extrañar su presencia en este reducido lote, que confirma, por otra parte, la frecuencia con la que se moldeó este galbo. En la I Edad del Hierro seguirá moldeándose, con pequeñas modificaciones, y es identificado con la Forma 9 de nuestra tipología.

Del recipiente número 2, figura 2, con marcada carena a la mitad de su altura y perfecto pulido en su superficie, encontramos paralelos en el área próxima de la Bardena. Podemos identificarlo con la forma 11 a establecida por J. Sesma (Sesma y García 1994). Considera su autor que se trata de uno de los perfiles más comunes de la zona en estudio y también en el Valle del Ebro. No es por tanto sorprendente su presencia en el extremo occidental de la provincia. Observando el recorrido de su perfil, puede ser considerado como precedente directo de la Forma 13, en la tipología de la I Edad del Hierro, perfil que Maluquer identifica como clara apartación formal llegada con los Campos de Urnas.

Por último, el fragmento nº 1 de la figura 2, dibuja un perfil del que encontramos numerosos precedentes. Se recuperan, como hemos dicho, varios ejemplares en el Castejón de Bargota. En el yacimiento navarro del Alto de la Cruz, se identifica en las reiniciadas excavaciones de 1983, en un contexto que consideran sus autores demasiado moderno, poblado superior, para un perfil de estas características al que acompaña una decoración incisa (Maluquer de Motes, 1985). También con decoración incisa se localiza un galbo similar en el yacimiento de Monte Ardí, Teruel (Benavente, 1986) y sin decoración un perfil análogo procede del Bajo Cinca: Masada de Ratón, correspondiente al nivel del Bronce Final II con una cronología de 1100 a. C. y otros del Bronce Medio y

Reciente ( Maya, 1986). Es por tanto un perfil habitual en los conjuntos del Bronce y puede o no llevar decoración.

En repetidas ocasiones hemos venido considerando la ausencia de decoración, en esta variedad cerámica, como prueba de una mayor modernidad, de hecho, la variedad pulida de la I Edad del Hierro apenas la ostenta. La decoración queda reservada a pocos recipientes que mayoritariamente recuperamos en estratos inferiores –excisión, incisión– y nos permite su atribución a la Edad del Bronce.

En este supuesto, los ejemplares analizados, salvo el nº 2 de la figura 1, que son lisos, estarían más próximos a una producción de la I Edad del Hierro. Reflexionando ahora sobre lo expuesto, insistimos en que la cerámica analizada podemos entenderla, a juzgar por la técnica empleada, como una producción de la I Edad del Hierro, pero con una marcada fuerza de elementos anteriores que se evidencian sobre todo en el trazado de su galbo y nos obliga a considerarlo como una producción de la tradición alfarera anterior, Bronce Final, ya que son cuando menos perfiles que como tales, no se modelan con frecuencia en la I Edad del Hierro.

#### VARIEDAD SIN PULIR

Atendiendo al número de fragmentos contabilizados podemos decir que es la variedad más abundante en la producción protohistórica navarra de la I Edad del Hierro. Podemos considerarla también como la **más representativa** pero no sólo por su superioridad numérica, sino por el carácter local de su producción que justifica a su vez, el elevado número de fragmentos recuperados.

Sin embargo, hasta el momento, se han individualizado tan sólo 9 galbos frente a los 13 de la variedad pulida. Creemos a la vista de los resultados que expondremos a continuación, que este número se verá considerablemente aumentado, conforme lo hagan los estudios pormenorizados sobre esta variedad en los poblados excavados.

Así en los yacimientos de Sansol (Muru-Astrain) y El Castejón (Bargota), hemos detectado 16 formas no incluidas en la tipología de 1977. Esto nos demuestra, una vez más, el carácter local de esta variedad en la que cada poblado modela determinados galbos, según sus necesidades prácticas y el gusto del alfarero, que puede estar inspirado en modelos del momento o no. Por esta razón, la dispersión geográfica de las vasijas de esta variedad, salvo el caso de la Forma 1, es mucho más reducida. La recuperación de estos fragmentos cerámicos en los distintos niveles diferenciados en los poblados en estudio, nos permite establecer su perduración en el lugar desde el comienzo de la ocupación, que pudo ser en el Bronce Final, a la I y II Edad del Hierro.

Recordaremos que en una recogida de material de superficie, rara vez podemos identificar recipientes de esta variedad -salvo la Forma 1- (Castiella, 1977: 281) ya que la mayoría de los fragmentos corresponden a la pared de vasijas, que al ser de gran tamaño, se generan muchos que no pueden ser identificados. Los bordes /cuellos si permiten más fácilmente su adscripción formal,

pero son muy escasos y además dada la limitada variedad formal disponible, y el reducido tamaño de muchos fragmentos, en numerosas ocasiones éstos, no pueden ser identificados.

Por otra parte, esta variedad al ser como decíamos, una producción de marcado carácter local, no ha sido motivo de especial atención por los estudiosos. Cuando lo es, tenemos que lamentar la falta de unidad de criterio en las descripciones tanto técnicas como formales y de representación gráfica. Todo ello impide, en ocasiones, saber si se está haciendo referencia a conjuntos similares que permitan el paralelismo pretendido. Por esta razón nos vamos a limitar a exponer nuestros datos y sólo cuando tengamos seguridad de estar comparando producciones similares, lo estableceremos.

Hemos de tener en cuenta también que bajo el genérico epígrafe de sin pulir, incluimos distintos tratamientos dados a la pared exterior. Puede ser ésta simplemente alisada como el ejemplar nº 3 de la figura 7, o los de la figura 6 y 9, o peinada como el que se reproduce en la figura 4, o rugosa en el caso de la figura 3, nº 2. Entendemos que el diferente tratamiento aplicado a la superficie exterior, nos debiera obligar a hablar de variedades diferentes, como hacemos al estudiar el material cerámico de época romana, por ejemplo, que diferenciamos la producción común de la vulgar y de la de cocina, pero aún queda mucho camino por recorrer para poder establecer estas separaciones entre el material que ahora tratamos.

El poblado de Sansol (Muru-Astrain), localizado en la Cuenca de Pamplona, es el enclave más septemtrional estudiado hasta el momento, de este período. Distante casi 100 kms. en dirección N-S, del conocido Alto de la Cruz de Cortes, queda alejado, por tanto, del influjo del Ebro. Su ajuar, como podemos ver en las publicaciones, ya mencionadas, nos ofrece una producción diferente que se hace patente en sus galbos y en su técnica.

Los galbos que de esta procedencia, vamos a analizar a continuación, no están incluidos en la tipología de Castiella 1977. Los reproducimos en las figuras 3 a 8 inclusive. Ya advertimos en su día los rasgos de arcaísmo que eran patentes en algunos de ellos y como en otros al ser recuperados en el estrato inferior nos permitía justificarlo como posible representantes de una producción alfarera del Bronce Final.

La función de la Forma 1 la pudieron cumplir los ejemplares de Sansol que se recuperan en el nivel inferior del asentamiento, reproducidos en la figura 3. Estos fragmentos de bordes nos ofrecen un recorrido en su perfil que evoca al de recipientes ovoides modelados en épocas más remotas, junto a otro rasgo de arcaísmo como es el bisel interior del borde. Pero por otra parte, su técnica y decoración son las habituales en la I Edad del Hierro.

En la figura 4 reproducimos una magnífica vasija de galbo completo, gracias a una laboriosa reconstrucción. Ostenta el característico peinado o cepillado en su superficie exterior, típico de la producción de Sansol. En cuanto a su galbo advertimos que no reproduce en su recorrido el de la Forma 1, y tampoco el de la Forma 7, considerada como la forma representativa del poblado. Aunque es una pieza más próxima por su tamaño y perfil a la Forma 1, la ausencia de cuello diferenciado no permite que pueda considerarse como tal. Técni-

camente no ofrece diferencias con el resto de la producción de la I Edad del Hierro.

La preferencia por recipientes sin diferenciar el cuello y con suave recorrido en la pared, lo encontramos de nuevo, en los fragmentos de vasijas reproducidos en la figura 5. Proceden, como los anteriores, del nivel inferior de Sansol y podemos aplicarles los comentarios referidos a la figura 3.

Los tres ejemplares de la figura 6 se recuperaron también en Sansol. Recibieron un tratamiento similar en su superficie que fue simplemente alisada. Los ejemplares 1 y 3, en distinta proporción reproducen el mismo galbo, borde claramente diferenciado y pared de evidente carena, aunque no muy acusada, en el tercio inferior del recorrido. Paralelos a estos perfiles encontramos en los castros sorianos, como por ejemplo el de Cuellar (Barrio, J. 1993:186), en un nivel donde se documentan las primeras cerámicas torneadas. Pero estos recipientes manufacturados responden, según su autor a una clara tradición de la I Edad del Hierro. Idéntico contexto encontramos en el yacimiento vacceo de La Mota, Medina del Campo, donde se modelan perfiles semejantes a nuestros ejemplares reproducidos en la figura 7 n<sup>os</sup> 1 y 3, como podemos comprobar en la reproducción de las figuras 4 y 8, del citado lugar de La Mota (Seco y Treceño, 1993:145). En estos yacimientos vacceos se encuentran, en esta etapa de paso de la I a la II Edad del Hierro con un rasgo decorativo muy concreto y característico como es la decoración a peine, motivo que no alcanza como tal a Navarra y por tanto al establecer estos "paralelismos" no queremos pretender con ello una relación de conjuntos, sino documentar simplemente que no son formas exclusivas de nuestro territorio, que a pesar de pertenecer a la variedad más común tienen una importante amplitud geográfica de uso. Sabemos que en cada lugar pueden ir o no acompañadas de otros elementos que son, los que permiten caracterizar al conjunto, como es el caso expuesto.

Los perfiles recogidos en la figura 8, corresponden a recipientes de tamaño mediano/pequeño. Tienen en común la tendencia globular de la pared y en el caso de los fragmentos n<sup>o</sup> 2 y 3, cabe considerar que corresponden a la misma forma y ostentan un tipo de decoración similar, característica en los recipientes de la Edad del Bronce.

Los galbos recuperados en El Castejón de Bargota, los hemos reunido en la figura 9. En la mayoría de los casos presentan una superficie exterior simplemente alisada y en el ejemplar n<sup>o</sup> 1, a la incisión en el borde acompaña el peinado formado por suaves estrías. Estos recipientes de tamaño mediano, resultan muy abundantes en el conjunto y se alejan claramente de la Forma 1, aunque era un galbo que conocían. Prefieren este diseño de vasijas de boca no muy ancha y paredes casi rectas, sin diferenciar cuello. En algunos casos, n<sup>o</sup> 6 se advierte una clara tendencia al borde entrante.

En los castros sorianos, como el de Zarranzano y El Castillejo (Romero, F.1991: 66,75) y en los de la alejada región vaccea como el de La Mota, (Barrio, J. 1993:153), hemos encontrado claros paralelos a nuestros recipientes. Se recuperan en un contexto, ya descrito, similar al que ofrece el de El Castejón, es decir, proceden de niveles donde inicialmente se recupera la cerámica manufacturada y luego llega la cerámica torneada. Consideramos por tanto que estamos ante una variedad típica de la I Edad del Hierro, que continúa sin modifi-

caciones importantes durante la II Edad del Hierro. Queda por determinar su origen.

## CONSIDERACIONES FINALES

Hemos expuesto en las páginas precedentes los perfiles de varias vasijas recuperados en los niveles inferiores de tres yacimientos de la Edad del Hierro. Pretendíamos a través de su análisis formal plantear alguna de las cuestiones que inciden en su interpretación crono-cultural, así como la conveniencia de adscribirlas a su tipología correspondiente.

Según el tratamiento dado a su superficie exterior, se diferencian dos variedades: pulida o sin pulir, ya que de su análisis se desprenden respuestas distintas, puesto que los móviles de su producción también lo fueron.

El material en estudio, ha sido analizado formalmente y en relación al estrato recuperado. Las observaciones técnicas efectuadas, lo han sido *de visu* y según ellas no se advierten diferencias importantes ni en la clase de arcilla empleada ni en la cocción a la que se vieron sometidas, respecto a las vasijas de clara correspondencia a la I Edad del Hierro, pero somos conscientes de la necesidad del estudio detallado del especialista en este campo.

Contamos en la actualidad, como ya hemos dicho, con la posibilidad de determinar áreas de producción atendiendo a la selección de la arcilla y la técnica empleada en su elaboración. Recordemos que, los modelos se pueden copiar mas o menos fácilmente, pero la interpretación de los mismos, la ejecución, esta en manos del artesano del lugar al que condiciona la arcilla, sus conocimientos, su habilidad y como no las posibilidades económicas. Pensamos que la suma del análisis formal, más el técnico, son los pilares en los que deben sustentarse todo tipología cerámica de estas características.

Si añadimos a esto un criterio uniforme en la representación gráfica de los recipientes, en los que se ponga de manifiesto el distinto tratamiento dado a la superficie. Podremos perfectamente establecer comparaciones de conjuntos.

Hoy en día a los datos expuestos hay que añadir las posibilidades que ofrecen las dataciones absolutas ya que nos marcan la pauta cronológica. Hemos ya reseñado, en páginas precedentes, la situación en la que se encuentran los análisis de las cerámicas recuperadas en estratos con dataciones de C14.

Al margen de estas consideraciones, destacamos la fecha del inicio del asentamiento, A.C. 10 o P III a, antes del 993 a.C., e incluso su final 830 a.C. y la conjugamos con la proporcionada en Las Eretas, 525 a.C., equiparable al momento del P II b, que según el C14 estaría entre el 648-543 a.C. Según ello, a lo largo de la primera mitad del primer milenio, hay elementos suficientes para determinar la identidad de la producción cerámica en el Bronce Final y su perduración / evolución, hasta configurar la propia de la I Edad del Hierro.

Volviendo de nuevo a los perfiles en estudio, vemos las diferentes conclusiones que se desprenden del análisis de las dos variedades diferenciadas.

En la variedad pulida son cinco los perfiles individualizados que no fueron recogidos en la tipología de 1977, por ser hallazgos posteriores. Con los

datos hoy disponibles, no sabemos si podrán ser considerados propios y característicos de la producción del Bronce Final, o si se trata de una perduración, o simplemente de formas locales poco habituales, fruto tal vez del comercio. De momento apuntamos su presencia y por las condiciones de su hallazgo, nos inclinamos a su adscripción al Bronce Final.

Los ejemplares número 1, 3 y 5 de la figura 1, los hemos considerado como un mismo perfil con sus variantes y parecen responder a modelos de la Edad del Bronce. Dadas sus características formales, no es de extrañar su perduración en la I Edad de Hierro donde le es atribuido el número 9 de la tipología.

También son fáciles de asimilar al período del Bronce Final los perfiles de la figura 2 y considerarlos a su vez como precedentes de la Forma 13. Vemos que estas cinco formas analizadas pueden marcar la evolución de una etapa a otra.

En la variedad sin pulir, el panorama difiere bastante, por un lado los cambios son mas lentos y por otro el carácter local de la producción confiere una cierta singularidad a los conjuntos. Ello explica el aumento formal que ahora presentamos de esta variedad, fruto del estudio del material procedente de asentamientos no analizados en la fecha de la elaboración de la tipología que hoy manejamos.

El poblado de Sansol ha proporcionado 11 perfiles más o menos completos. Son ejemplares únicos los reproducidos en las figuras 6, 7 y 8 y otros más frecuentes como los de las figuras 3 a 5 inclusive.

La función de almacenaje pudo ser realizada por los ejemplares de las figuras 3, 4 y 5. En este enclave no arraigó el uso de la Forma 1, aunque se documenta su presencia. Justificábamos este hecho por la lejanía del lugar a la que fue posible vía de penetración de estas innovaciones, el río Ebro.

Como útiles de cocina podemos calificar a las tres vasijas reproducidas en la figura 6. Perfiles el 1 y 3 de larga trayectoria temporal. La singularidad de los fragmentos reproducidos en las figuras 7 y 8 nos obligan a la cautela en su interpretación usual

De El Castejón de Bargota resultan novedosos, en el conjunto de los perfiles conocidos en la I Edad del Hierro, los reproducidos en la figura 9. Con superficies simplemente alisadas, algunas suavemente peinadas y en casos aislados con impresiones en el borde. Sus paralelos, en los castros sorianos y vacceos nos permiten considerar su cronología en la I Edad del Hierro. Tampoco en este lugar, próximo al Ebro, y cercano al enclave de El Castillar de Mendavia, encontramos que la Forma 1 haya sido un perfil muy utilizado, sino que su presencia es simplemente testimonial.

Por tanto con lo hasta aquí expuesto podemos considerar los cinco perfiles estudiados de la variedad pulida como ejemplares de clara tradición del Bronce Final, que alcanzan la I Edad del Hierro donde son sustituidos por otros perfiles semejantes y característicos. Por su parte los recipientes sin pulir, a pesar de recuperarse también en estratos inferiores, no siempre resulta tan fácil su adscripción cultural por las razones expuestas de falta de estudios concretos sobre esta variedad y publicaciones adecuadas para su identificación. Sin embargo, esperamos que la publicación y estudio adecuado de los nuevos conjuntos,

vayan solucionando los problemas que ahora planteamos y permitan con ello la carectización clara de la producción cerámica que tuvo lugar a lo largo del Bronce Final en el solar navarro.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARMENDÁRIZ, J. ( 1993/94): *Las Eretas (Berbinzana, Navarra) 1991-1992*. Trabajos de Arqueología Navarra, 11, Pamplona: 297-302.
- BARANDIARÁN, I. y VALLESPÍ, E. ( 1984): *Prehistoria de Navarra*. Pamplona.
- BARRIO MARTÍN, J. (1993): En Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero. *Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuellar, Segovia)*. Valladolid. 173-212.
- BENAVENTE, (1986): *Novedades sobre el Bronce Final Hierro I en Alcañiz, Teruel*. Segundos encuentros de Prehistoria Aragonesa. Caspe, Zaragoza: 107-121
- CASTIELLA, A. ( 1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Excavaciones Arqueológicas en Navarra VIII, Pamplona.
- (1979): *Memoria de los trabajos arqueológicos realizados en el poblado protohistórico de El Castillar (Navarra)*. Trabajos de Arqueología Navarra, 1, Pamplona: 103-138.
- (1985): *El Castillar, Mendavia, poblado protohistórico*. Trabajos de Arqueología Navarra, 4: 65-139.
- (1988): *Asentamiento protohistórico de Sansol (Muru-Astrain, Navarra)*. Memoria de excavación 1986-87, Trabajos de Arqueología Navarra, 7: 145-220.
- (1990): *Enterramientos en el contexto protohistórico de Sansol (Muru-Astrain, Navarra)*, II Simposio sobre celtíberos, Zaragoza: 149-157.
- (1991-92): *Consideraciones sobre el poblado y necrópolis de Sansol (Muru-Astrain); Campaña 1988*, Trabajos de Arqueología Navarra, 10, Pamplona: 225-287.
- (1993-94): *Informe preliminar sobre la actuación arqueológica en El Castejón de Bargota (Navarra) 1992*. Trabajos de Arqueología Navarra, 11, Pamplona: 290-296.
- GRACIA, E. (1994): *Un modelo de análisis de evolución arquitectónica e interpretación social. El asentamiento del Bronce Final-Primera Edad del Hierro del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)*. Pyrenae 25:93-110.
- GRACIA, E., GARCÍA, F. y MUNILLA, G. (1994): *Cortes de Navarra. Transición Bronce Final-Hierro en el valle medio del Ebro*. Rev. Arqueología, nº 160.
- GARCÍA, F. MUNILLA, G., GARCÍA, E. (1994): *Modelos de análisis de la arquitectura ibérica. Espacio público y construcciones religiosas en el medio urbano*. Cota Zero, 160: 14-21.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*. Estudio crítico I, Pamplona.
- (1958): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*. Estudio crítico II. Pamplona.
- (1985): *Cortes de Navarra. Exploraciones de 1983*. Trabajos de Arqueología Navarra, 4, Pamplona: fig. 2 y 3.

- MALUQUER DE MOTES, GRACIA Y MUNILLA (1990): *Alto de la Cruz (Cortes, Navarra) Campaña 1986-89*. Trabajos de Arqueología Navarra, 9, Pamplona.
- MAYA, (1986): *El Bronce Final-Hierro Inicial en la zona Norte del Valle del Ebro*. Segundos encuentros de Prehistoria Aragonesa. Caspe, Zaragoza: 7-50.
- MUNILLA, G., GRACIA, F., BERGURA Y CUBERO (1993): *Un conjunto de estructuras de combustión en la H. 88/21 del poblado protohistórico del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)*. Pyrenae 24: 141-49.
- MUNILLA, G., GRACIA, F. (1991): *Evolución arquitectónica del poblado protohistórico del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)*. III Simposio sobre celtíberos. Daroca.
- ORTEAGA, J. L. et alii. (e.p.) *Presencia de desengrasantes añadidos de naturaleza ignea en cerámicas elaboradas a mano de la Edad del Hierro*.
- PONS, E. (1984): *L'Empurda: de l'Etat del Bronze a l'Etat del Ferro*. Girona.
- ROMERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Valladolid.
- SCHUBART, H. (1986): *En Historia de Cartagena*. Dir. Más, J. *Consideraciones sobre el Bronce del Sureste Peninsular*. Murcia: 221-250.
- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F. (1993): *En Arqueología vaccea. La temprana "iberización" de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de "La Mota", Medina del Campo (Valladolid)*. Valladolid: 133-171.
- SESMA, J. y GARCÍA, M<sup>a</sup> L. (1994): *La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra*. Cuadernos de Arqueología. Universidad de Navarra, 2. Pamplona: 89-218.

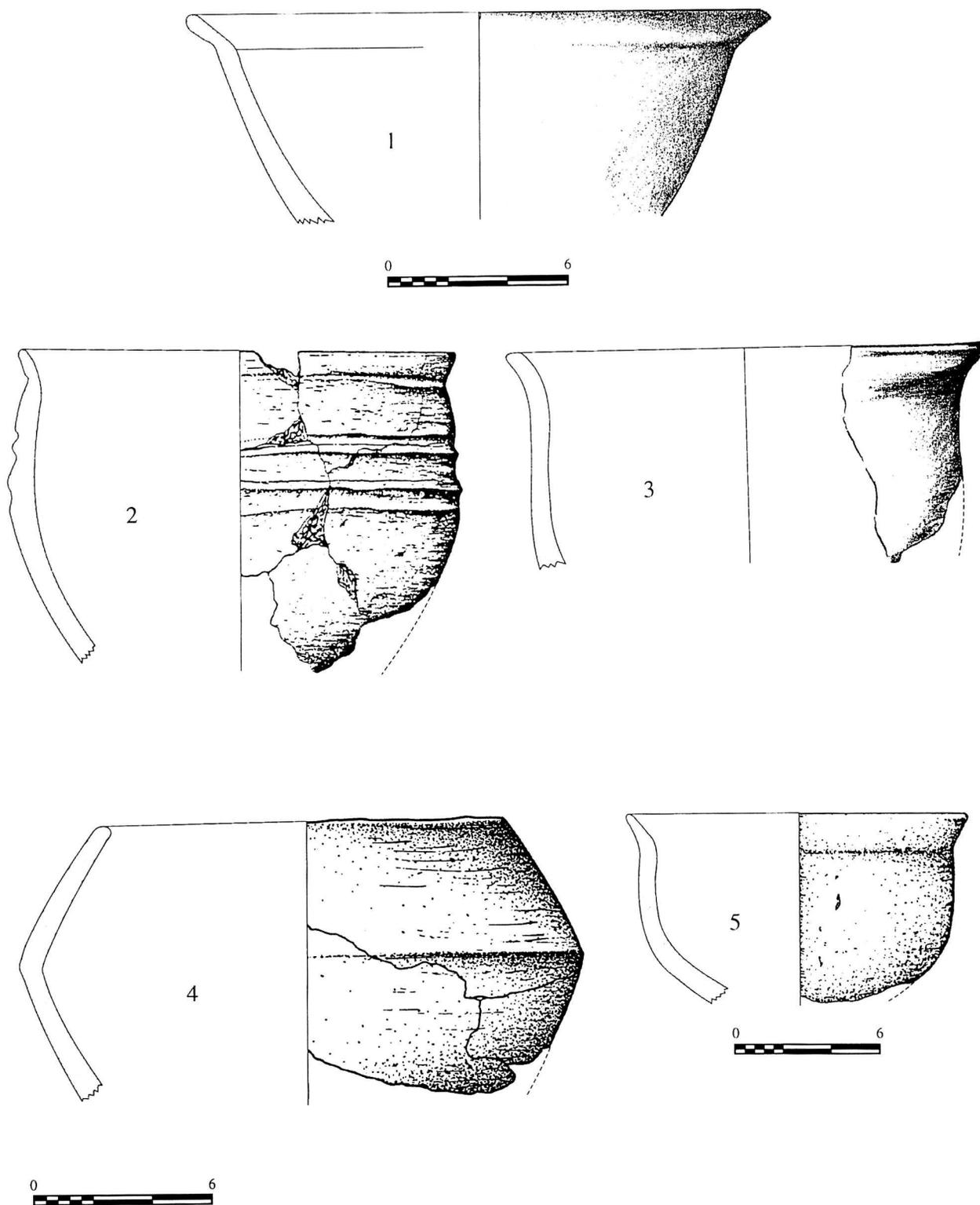


Figura 1: Recipientes de tamaño mediano/pequeño de superficie exterior pulida. Procedentes de: N° 1 El Castillar; 2, 4 y 5 Sansol; 3, El Castejón.

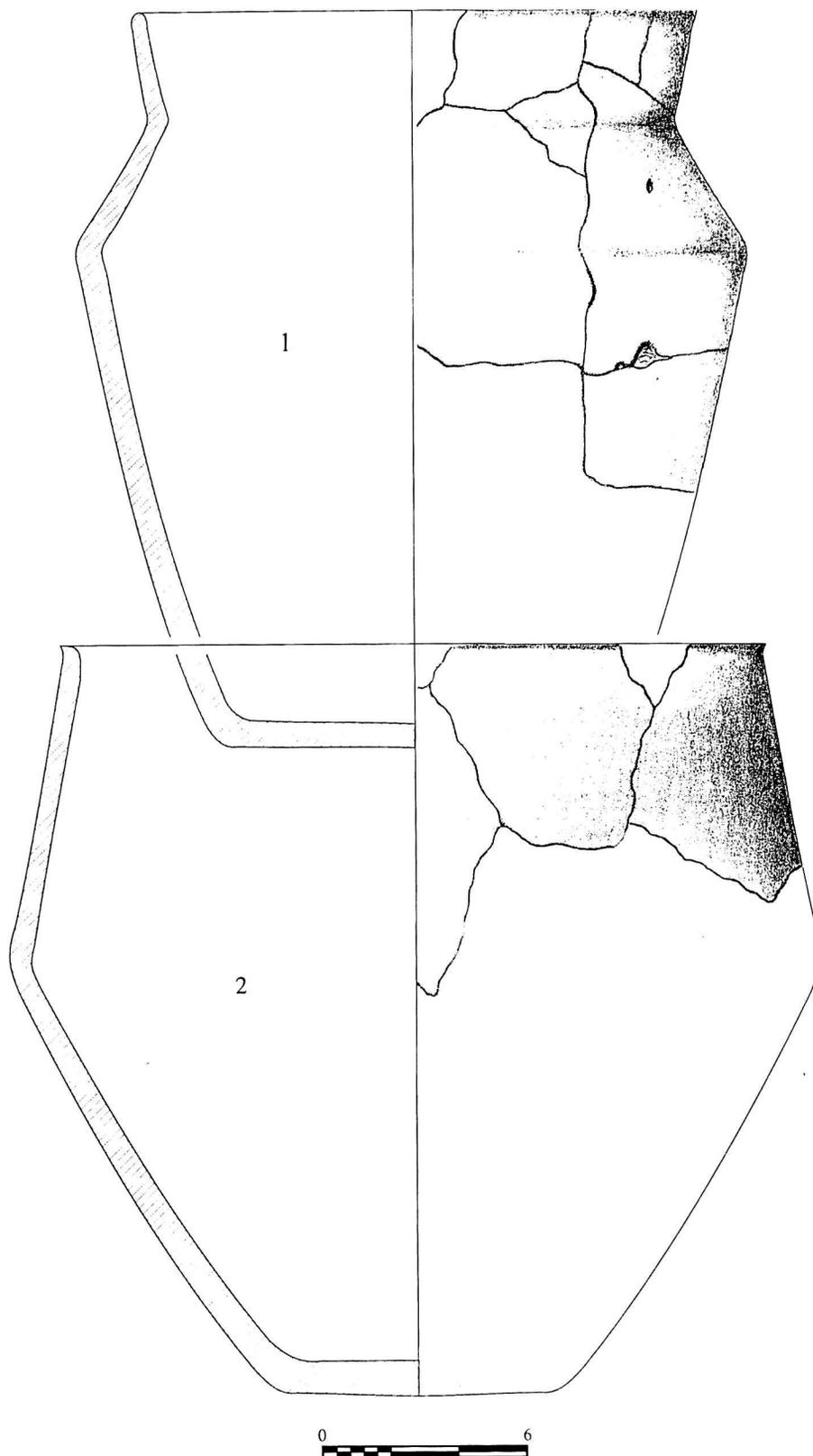


Figura 2: Recipientes de tamaño mediano/grande de superficie exterior pulida recuperados en El Castejón de Bargota.

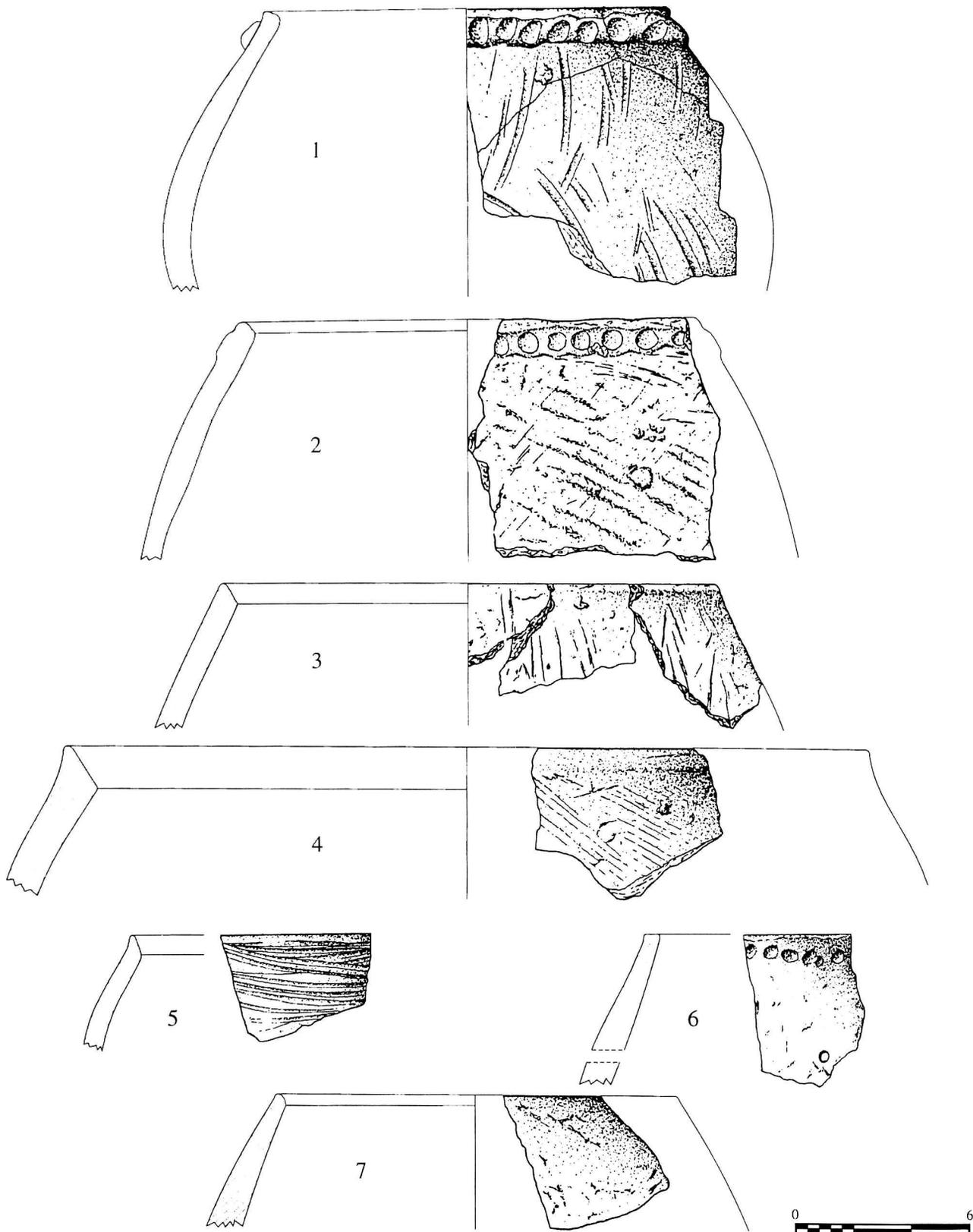


Figura 3: Fragmentos de recipientes de superficie exterior sin pulir procedentes del nivel inferior de Sansol.

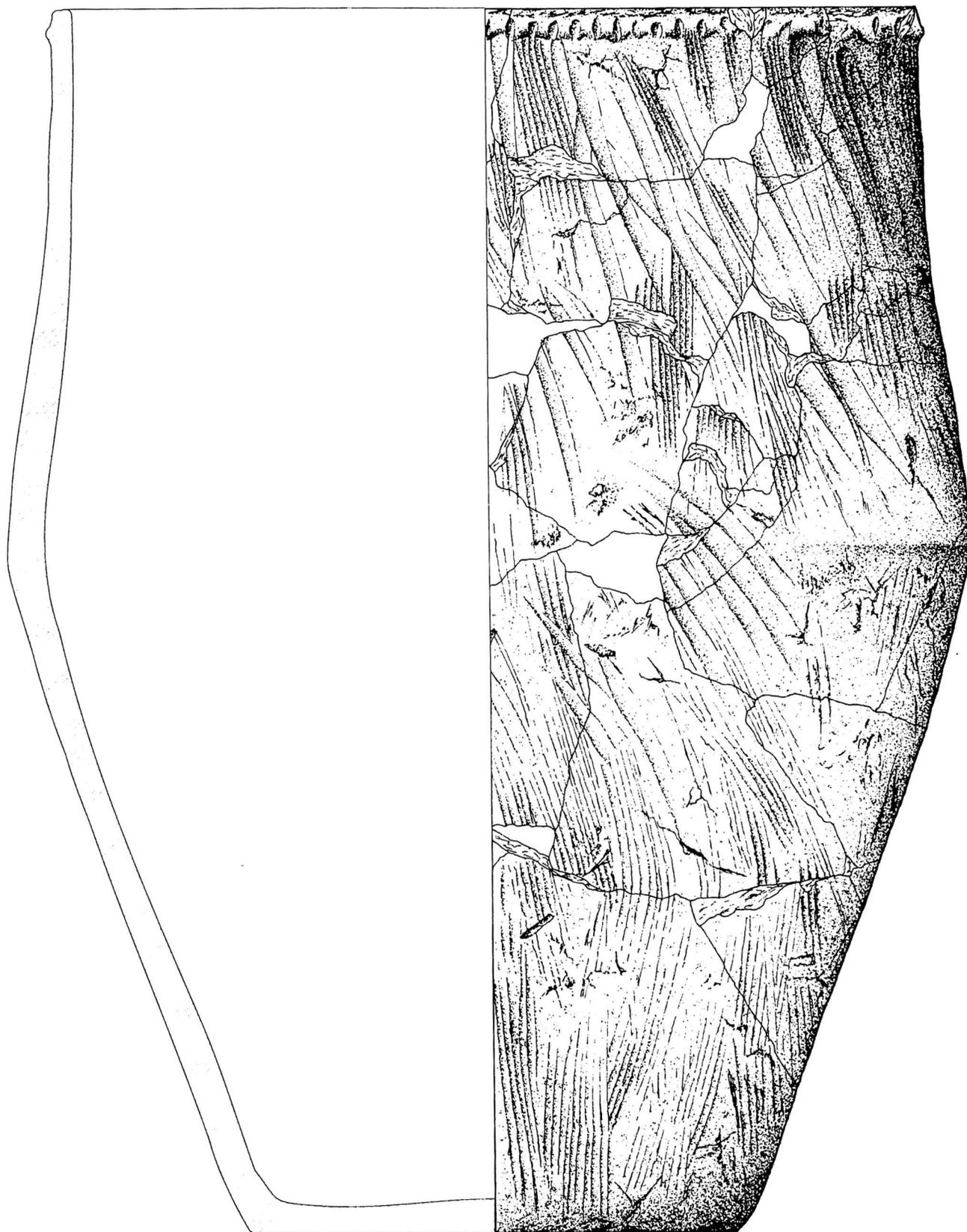


Figura 4: Vasija con la superficie exterior peinada recuperada en Sansol.

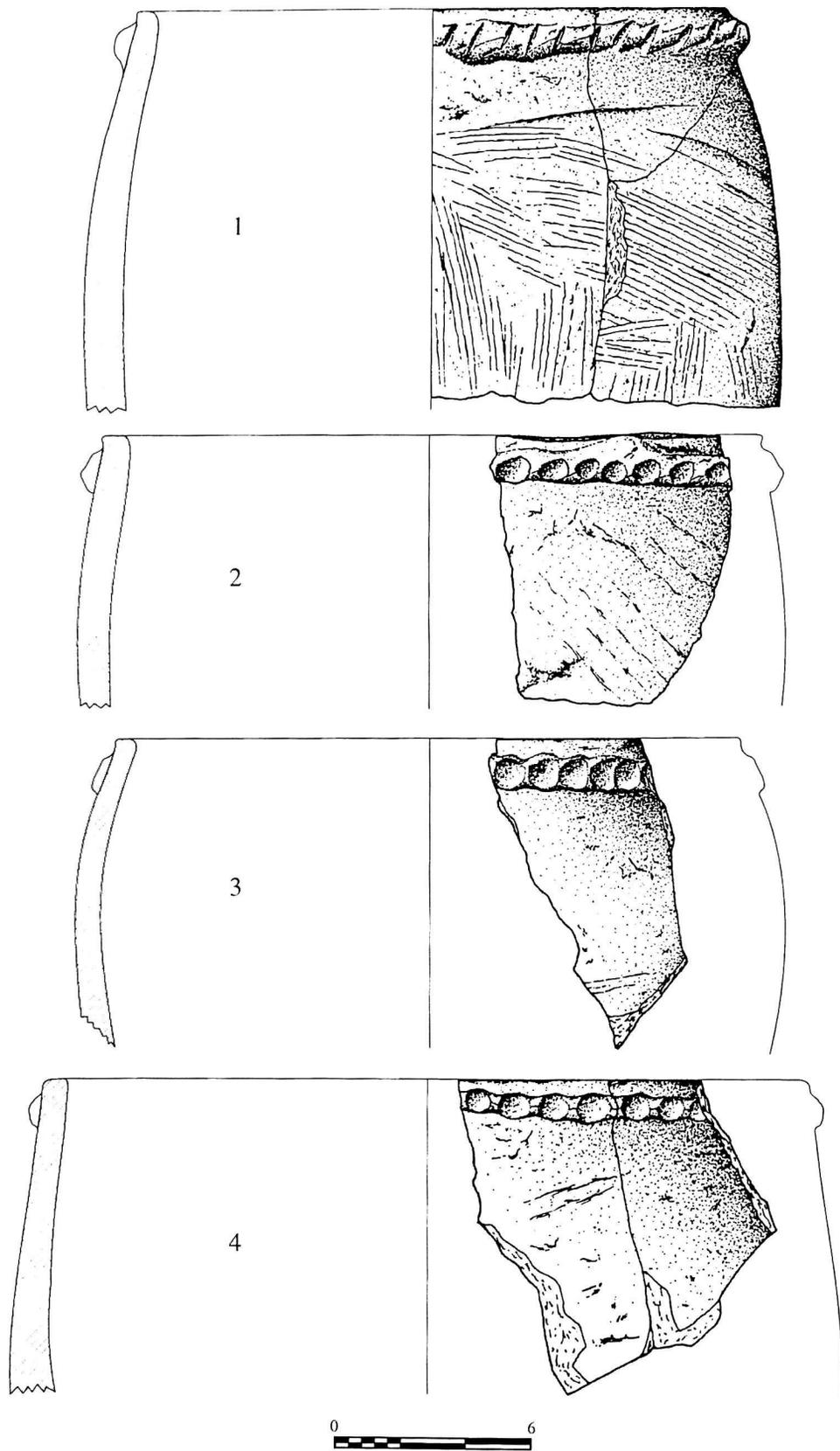


Figura 5: Recipientes característicos de la producción alfarera de Sansol.

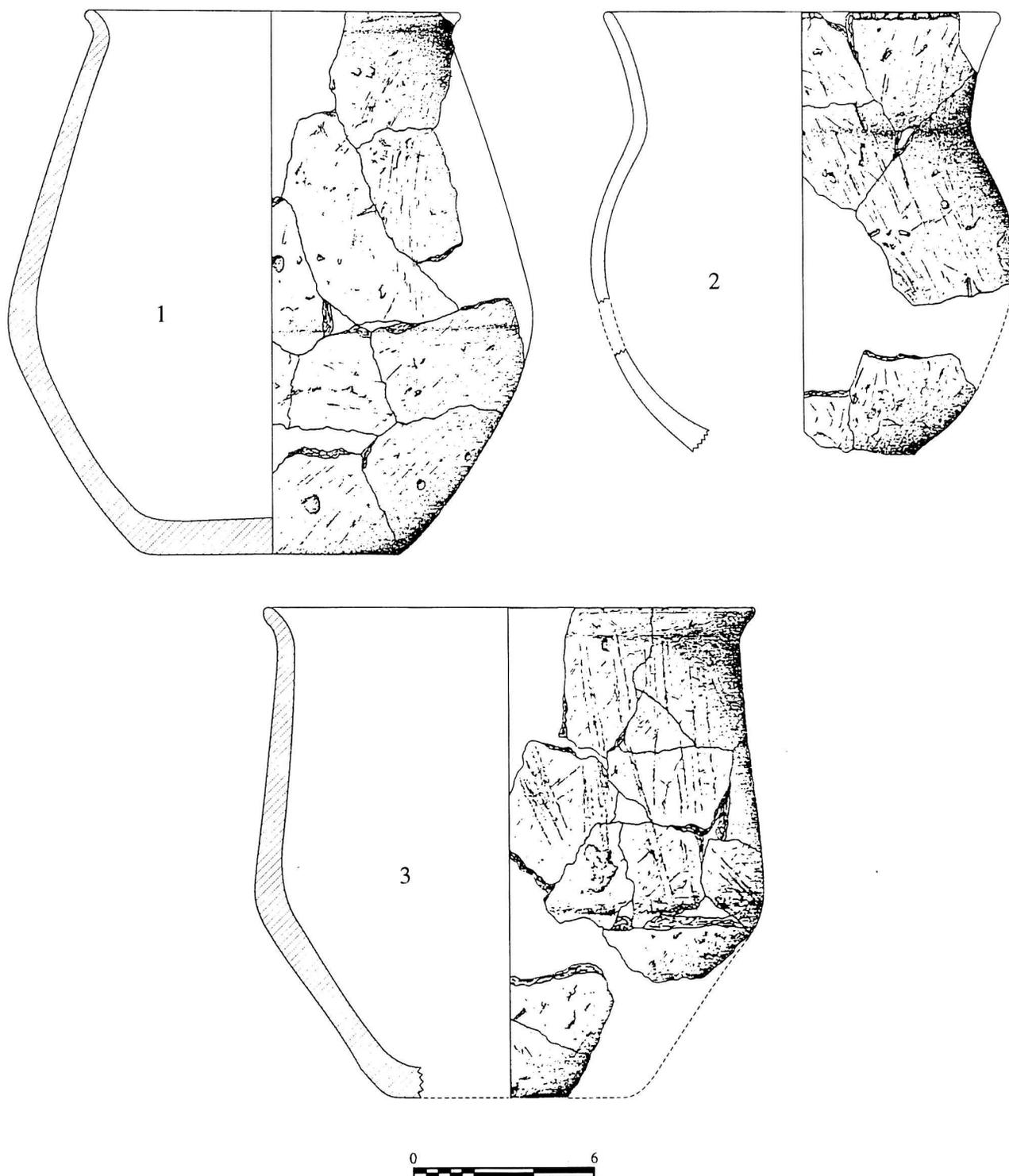


Figura 6: Vasijas de superficie alisada encontradas en Sansol.

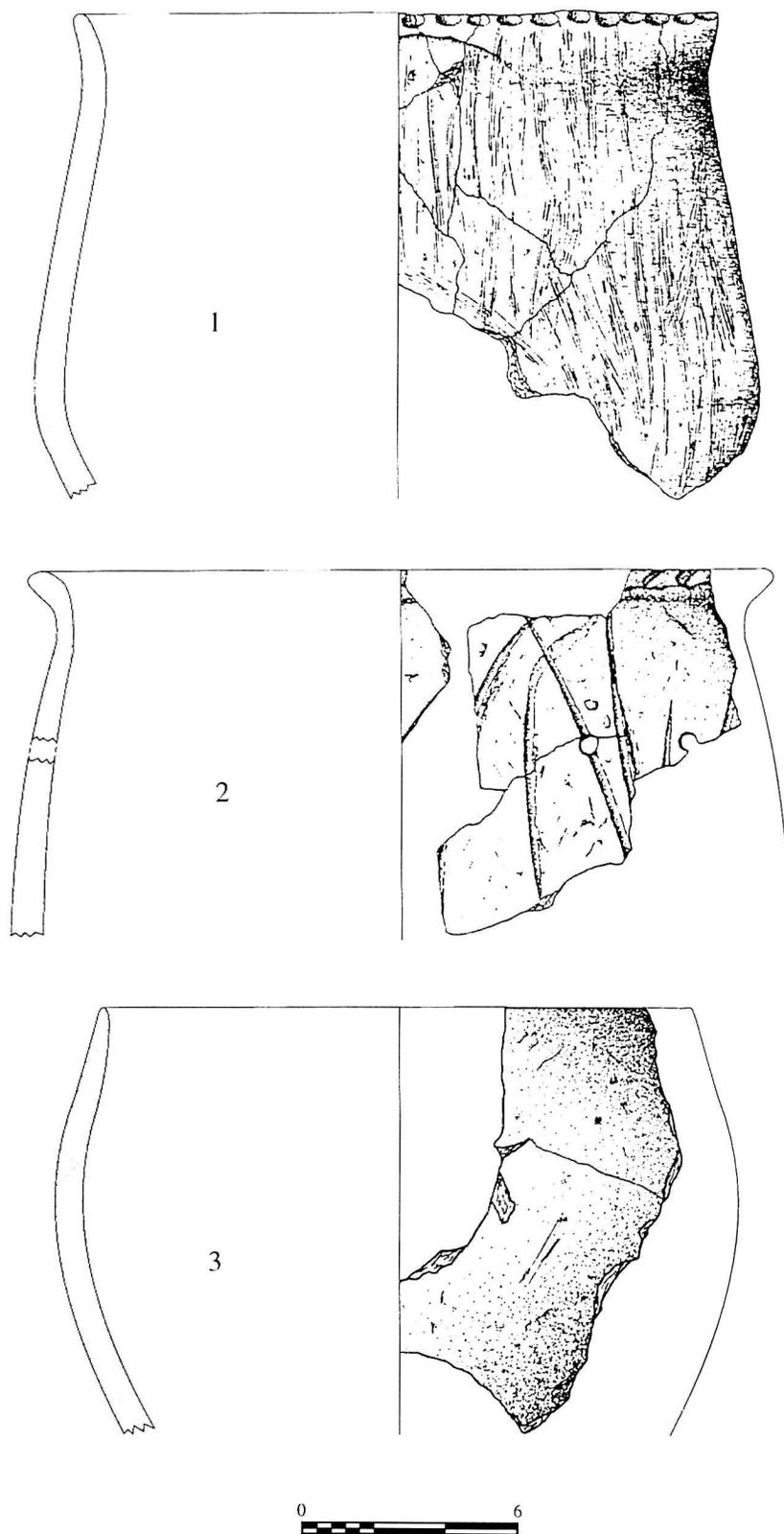


Figura 7: Distintos tratamientos en los recipientes procedentes de Sansol; n° 1 con suave peinado; n° 2 con surcos y n° 3, simplemente alisada.

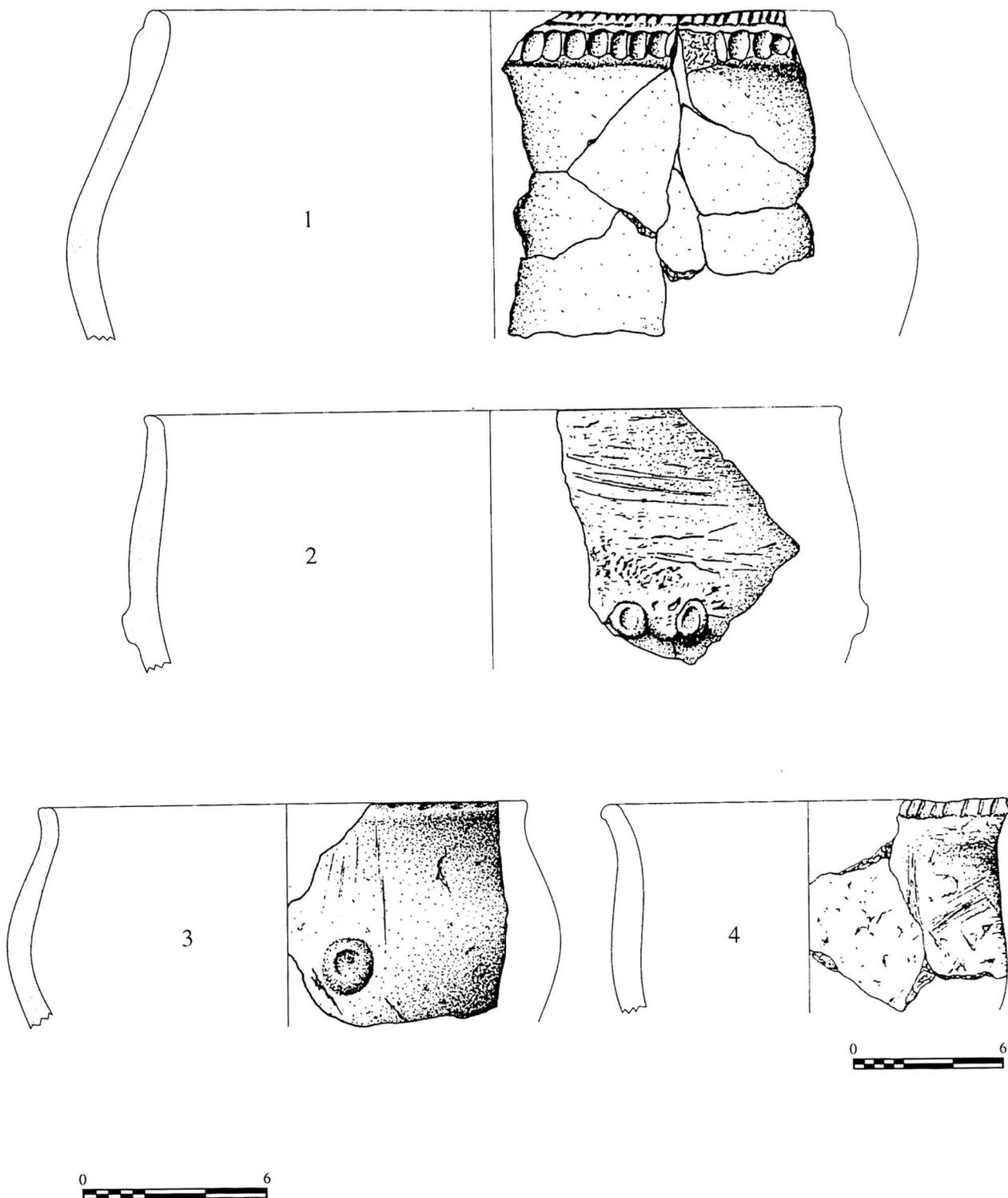


Figura 8: Fragmentos de recipientes procedentes de Sansol.

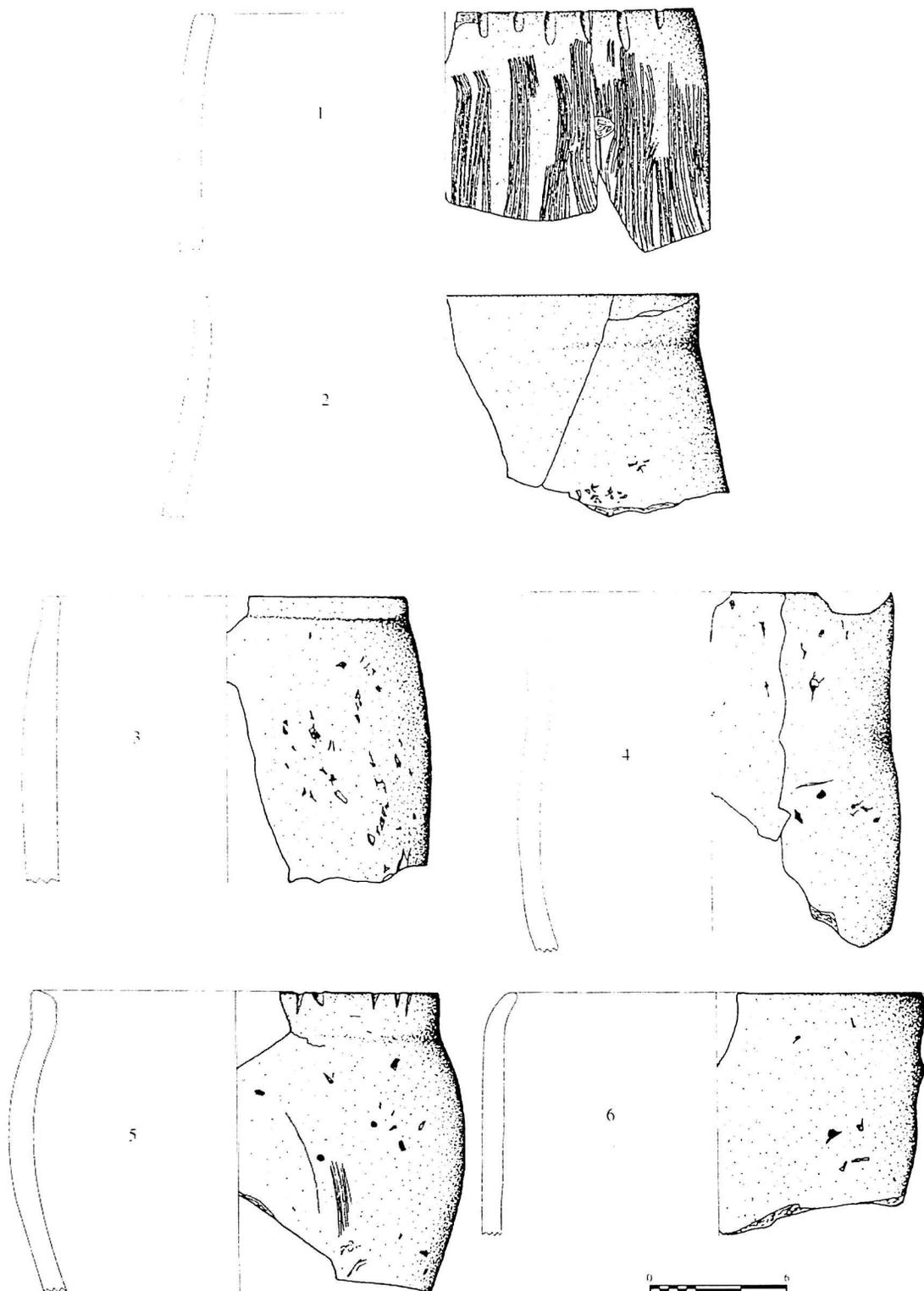


Figura 9: Fragmentos de vasijas con distintos tratamientos en la superficie procedentes de El Castejón.